La Habana: ciudad y archivos

Antonio José Ponte

I

Para hablar de La Habana, de La Habana de hoy y de La Habana del futuro, permítanme que me vaya un tanto lejos. Lejos en el espacio y en el tiempo. Hasta una noche en Tesalia, al centro de Grecia, corriendo aproximadamente (porque no hay exactitud en la memoria de los hechos que voy a referir) el año 500 antes de nuestra era. Celebran esa noche un banquete en la casa de un noble de Tesalia que responde al nombre de Scopas.

Todas estas noticias vienen en un tratado de Cicerón, en *De oratore*. Cuenta Cicerón que Scopas, hombre noble y rico, ofrecía banquete en su mansión e invitó al poeta Simónides, originario de la isla de Ceos, para que cantara ante los invitados una alabanza del anfitrión y de su ilustre casa. Simónides de Ceos se dirigió, pues, al banquete, comenzó a cantar lo pactado (entonces la poesía era impensable sin música que la acompañara), y su poema cantó no sólo las alabanzas del noble Scopas, sino las de los semidioses Cástor y Pólux, llamados también los Dióscuros.

A cierta altura de su poema, Simónides pareció olvidar la encomienda recibida, dejó de celebrar con palabras al dueño de la fiesta, y se dedicó a congraciarse con gente más alta que el mortal (aunque noble) Scopas. Cantó, según cuenta Cicerón, los hechos gloriosos de Cástor y Pólux, hijos de Leda y de Zeus metamorfoseado en cisne para el apareamiento. Y, a la hora de cobrar por su trabajo, Simónides recibió solamente la mitad de lo acordado. Debió preguntar entonces por el dinero que faltaba allí, y su empleador desestimó las reclamaciones bajo el siguiente razonamiento: puesto que buena parte de su poema había sido dedicado a los Dióscuros, Cástor y Pólux, que los Dióscuros, magnánimos

como tendrían que ser descendiendo de Zeus, le pagaran lo restante.

Cicerón cuenta que el festín siguió su curso y podemos suponer (aunque el autor de *De oratore* no se rebaja a estos detalles) que, una vez terminada su actuación y recibida la paga, el poeta debió acogerse a algún rincón, quizás entre los servidores más favorecidos, para devorar los restos del banquete que le ofrecieron. Vinieron entonces a avisarle que en la puerta lo buscaban. Dos jóvenes preguntaban por él en la calle, esperaban a que saliera. Simónides debió creer que se le presentaba, como caída del cielo, otra oportunidad de vender su arte. Abandonó la sala de banquetes, salió a la calle, no encontró rastro de los dos jóvenes anunciados, y fue en ese mismo momento que la casa del noble tesalio se vino abajo, con todos sus invitados adentro.

El techo de la sala de banquetes se desplomó sobre Scopas y sobre sus invitados. Ninguno alcanzó a salir con vida de la celebración. Es fácil sospechar que los dos jóvenes presentados a la puerta y luego desaparecidos fueran Cástor y Pólux. ¿Quién mejor que los dioses saben cómo aparecer y cómo esfumarse? Simónides debió dar unos pasos indecisos frente a la casa convertida en ruinas. Esos pasos suyos son los de la sobrevivencia, pasos de quien aprende a andar de nuevo. Aquella sobrevida era el dinero que faltaba en el pago, el cumplimiento que le hacían los Dióscuros.

Quizás éstos no decidieran la muerte de Scopas y de sus invitados, quizás todas aquellas muertes estaban cantadas de antemano por dioses de mayor envergadura, pero parece indudable que los Dióscuros salvaron del derrumbe a Simónides, aquel que los homenajeara. Al menos a esta creencia se acoge Cicerón. Aunque no fue para tratar acerca de la justicia o injusticia de los dioses que Cicerón trajo a cuento la historia de Simónides en la casa de Scopas. Puesto que los sucesos continúan, y lo mejor de esta fábula (si es que se trata de una fábula) viene ahora.

Levantados los restos del derrumbe, apartados escombros y cadáveres, las familias de los asistentes al banquete quisieron procurar honras fúnebres a sus seres queridos. Sin embargo, no atinaban a reconocerlos: tan desfigurados estaban. Quién era quién, quién viga y quién persona, sólo sabría decirlo el único sobrevi-

viente: Simónides de Ceos. Y a quien fuera alquilado para cantar un panegírico le tocó meterse a escombrar. Le impusieron la tarea de recordar el puesto que cada uno ocupaba mientras él entonaba su poema.

No habían pasado ni veinticuatro horas y el tiempo que distaba de aquella fiesta parecía medirse en milenios. Todo había ocurrido en un instante: a Simónides le avisaron que afuera lo buscaban, él salió, la casa se vino abajo, y ahora los muertos estaban tan irreconocibles como si toda aquella gente llevara siglos enterrada, como si se tratara de una excavación arqueológica. Ni los propios parientes resultaban capaces de reconocer a los muertos, como si se tratara de paisanos de otros sitios, de extranjeros de paso.

Mientras entonaba su poema, Simónides había barrido el salón con la vista. Los rostros que lo miraban (o que no lo miraban, entretenidos en otros menesteres) debieron quedar relacionados con sus versos. Y fue a causa de esa relación entre rostros y palabras, entre difuntos y versos escanciados, que Marco Tulio Cicerón trajo a cuento este episodio de poesía y derrumbe. Porque, a partir de ese levantamiento forense, Simónides de Ceos descubrió, o inventó, el arte de la memoria, la mnemotécnica. De manera que los Dióscuros pudieron regalarle no sólo la sobrevivencia a cambio de unos cumplidos, sino un método, un arte, para memorizar largas tiradas de palabras.

La memorización de un discurso es, como se comprenderá, facultad indispensable para quien es pagado por entonar palabras. La memorización de un discurso es facultad indispensable en la oratoria (de ahí el interés ciceroniano en el episodio). Simónides cantaba su poema ante un corro de invitados, esos rostros habían sido desfigurados por la caída del techo, había desaparecido la casa que los convocara, y desaparecidos estaban los dioses salvadores. Pero, ¿y el poema? Quedaba, eso sí, la memoria del poema. Aquella gente no volvería ya y, aunque la construyeran otra vez aquella no sería la mansión del noble (aunque tacaño) Scopas. Y de los dioses, ¿quién podía garantizar nada? Pero quedaba el poema. El poema compuesto por el sobreviviente Simónides podría recitarse entre las ruinas. Venía a fundarse así (al menos esto afirma Cicerón) el arte de la memoria.

En un muy hermoso libro, la estudiosa británica Frances A. Yates ha historiado el desarrollo (y la desaparición) a través de los siglos de ese arte de memorizar que tuvo origen en Simónides de Ceos, en la noche en que éste fuera invitado a una celebración en casa noble. Y, resumiendo muy brevemente en qué consistió ese arte en la época del poeta griego (porque luego tuvo desarrollos muy diferentes), puede decirse que se trata de asociar un edificio, imaginario o real, a las frases que se quieran imprimir en la memoria. Se trata, como puede verse, de relacionar dos construcciones: un edificio y un discurso. Se trata de un ejercicio arquitectónico doble, de una consumada ingeniería. Porque si cualquier edificio (éste en que nos encontramos, por ejemplo) ha necesitado la construcción de cimientos que hoy permanecen ocultos a la vista, en el arte de la memoria según lo inventara (o descubriera) y practicara Simónides de Ceos, se hacía necesario construir, no unos cimientos, sino todo un edificio en sucesión de salas y de patios, un edificio oculto a la vista de quienes escuchaban una pieza oratoria o un extenso poema.

Haciendo coincidir una habitación imaginaria con la frase o verso que se forja, luego no habría más que recorrer una habitación tras otra, todas las que componen una edificación, para tener entero el texto. La memoria entrenada en arte así guardaba, pues, un plano arquitectónico y un documento. O mejor dicho: un plano en el cual aparecían delineados muros y palabras, un plano que ligaba arquitectura y verbo.

Entendido así, cualquier discurso incluye un edificio construido mentalmente, un edificio invisible. El poema que alababa la nobleza de Scopas y (más aún) la de los Dioscuros, no cabía ya en la sala donde se escuchara. Como todo sobreviviente, Simónides revisitó los sucedidos de toda la velada. Lo hizo enseguida, se vio obligado a ello debido a la reclamación de los dolientes. Y, obligado a enunciar identidades, cadáver a cadáver, tuvo que entrar de nuevo en la casa de Scopas.

Su poesía iba a quedar marcada definitivamente por el desastre. Simónides sacaría fuerzas de la destrucción, el caos iba a dictarle un método compositivo. Y, en adelante, cada vez que intentara un poema, era en aquella casa desaparecida donde lo recitaba. Era frente a las caras, todavía reconocibles, todavía sin desfigurar, de

aquellos invitados. A cualquier poema suyo iba a acompañarlo la mansión derrumbada. Para la creación de sus versos parecería imprescindible volver a entrar en la casa de Scopas, enfrentar el rostro de cada uno de los muertos cuando todavía el techo descansaba encima de los muros.

Claro que, a la larga, aquel ambiente daría paso a arquitecturas menos desgraciadas. No es difícil suponer que algunos de sus poemas posteriores debieron amueblar espacios diferentes. La imaginación de Simónides de Ceos debió emigrar hacia otras edificaciones, fabricó otros sitios que apuntalaran su memoria.

Todos tenemos pruebas de lo memorioso que resultan los lugares. Volvemos, consciente o inconscientemente, a lugares donde ya estuvimos o donde nunca estuvimos. Los espacios más variados pueblan nuestros sueños y nuestras vigilias (y no hablo solamente de la vigilia de los arquitectos). La casa de Scopas puede adoptar las más diversas formas. La invención de Simónides de Ceos fue, en cambio, más allá. Se inventó lugares para hacerse creer que había estado en ellos. Se inventó esa clase de extraños espacios que se nos abren dentro de los sueños. Construyó rincones que casaran con determinadas palabras, fijó palabras a esos sitios imaginarios, levantó las paredes y el techo dentro de los cuales cabría cierta claúsula, determinado verso. Una claúsula o un verso tan fatales, tan ineludibles como había sido el destino en la fiesta de Scopas.

Si como afirma Cicerón en *De oratore*, e historia Frances A. Yates en *El arte de la memoria*, es Simónides de Ceos el inventor de la mnemotécnica, es preciso aceptar que la casa de Scopas es la casa de la memoria. Y es por esta razón que he iniciado esta charla remontándome a ella, recurriendo al episodio donde tal construcción se derrumba para alcanzar (gracias al poeta sobreviviente) la dignidad fantasmagórica de los espacios imaginarios. Salta a la vista (o eso espero que compartan ustedes conmigo) la relación entre ese derrumbe de hace 2500 años en Tesalia, y tanto derrumbe de La Habana de hoy. Los trabajos de identificación realizados por Simónides de Ceos entre los escombros tienen mucho que ver, según creo, con el destino de los archivos de la historia cubana más reciente. Alguna vez va a tocarnos, lo mismo que al poeta arcaico griego, probar identidades, decidir quién era quién.

Y, tratése de arquitecturas o de documentos, de ciudad o de archivo, hablo (como no podía ser menos en la casa de Scopas) acerca de la memoria, de nuestra memoria.

II

En La Habana, en un corto tramo de la Avenida del Puerto, el que va desde la Plaza de San Francisco hasta el Muelle de Luz (unas pocas cuadras, como recordarán mucho de ustedes), ha venido a juntarse en los últimos años una extraña suma de construcciones. La Oficina del Historiador de la Ciudad, responsable de cualquier cambio urbanístico dentro de los límites de La Habana Vieja, ha estado a cargo de la proyección de todas las construcciones que enumero a continuación: un jardín en homenaje a la memoria de Lady Diana Frances Spenser, otro abierto a la memoria de Teresa de Calcuta, una catedral ortodoxa griega, un Museo del Ron, y una catedral ortodoxa rusa.

Creo no equivocarme si les digo que los habaneros tuvieron muy pocas oportunidades de tener noticias de Lady Diana mientras ella vivió. Sus desavenencias con la casa real inglesa, incluido el divorcio, no podían formar parte de los noticieros televisivos y de los diarios cubanos. Menos aún las campañas humanitarias en las que incurriera. Y sus cambios de atuendo eran sólo tema de interés para la poca gente favorecida a quienes llegaban desde el extranjero las revistas del corazón. La noticia de su muerte, en cambio, sí que fue publicada dentro de Cuba, así como la reacción popular ante el fallecimiento. Pero, aún así, resulta difícil explicarse la presencia en La Habana de un jardín creado a su memoria.

Es un pequeño espacio, enrejado como ciertos pequeños parques londinenses, que no hace camino a ningún paseante. No puede atravesarse, se entra o se sale, se va a él especialmente, no se le atraviesa. Al centro fue dispuesta una horrible fuente diseñada por el ceramista Alfredo Sosabravo y, al tropezar con ella, recorriendo con la vista toda la extensión de la plazoleta, puede uno preguntarse a santo de qué ha sido planeado allí tal parque. E igual pregunta cabe en caso de visitar, a unos pocos metros de allí, el jardín dedicado a Teresa de Calcuta.

La estatua de la religiosa se alza en los jardínes del Convento de San Francisco de Asís, transformado actualmente en sala de conciertos. A la puerta de esa sala dedicada a la música puede abrazarse (muchos turistas lo hacen) la figura en bronce del Caballero de París. La efigie del loco más emblemático de la ciudad tiene más razón para estar por los alrededores que una lejana princesa, por caritativa o desdichada que fuera. O una madre religiosa, no importa cuánta piedad la haya movido. Su historia personal, la del Caballero de París, está tan entrelazada con la de unas calles y una época, que resulta justo volver a encontrárselo, detenido en bronce, allí.

No se crea, sin embargo, que abogo por una estatuaria habanera reducida a lo local. No defiendo un simbolismo estrecho. Pero, ¿a qué viene ese par de jardines a la gloria de una monja y de una princesa que poquísimo tuvieron que ver con la capital y con el país? Lo diré pronto, para seguir con el inventario de edificaciones: juzgo como un despilfarro exhibicionista que, en medio de la anemia constructiva cubana, se hayan dispuesto (en un municipio con tantas urgencias habitacionales) dos memoriales para destinatarios tan dudosos.

Podrá afirmarse que obedecen a gestos diplomáticos de la Oficina del Historiador de la Ciudad, gestos necesarios en cualquier administración. Que alguna delegación británica visitó La Habana, ofreció alguna ayuda necesaria para la recuperación del casco histórico y, a cambio, recibiría como gesto de buena voluntad la fundación de un parque a la memoria de Diana de Gales. Pudo ocurrir. Lo usual en estos casos, sin embargo, es la inclusión de una placa que recuerda la ayuda prestada. Suelen agradecerse fondos con una inscripción privilegiada, no con la demasía de un parque.

En descargo de estas dos construcciones podrá sostenerse que celebran (como cualquier monumento) la sentimentalidad de una época. La Oficina del Historiador de la Ciudad presta entonces, con esos dos jardines, una lección de historia a los transeúntes habaneros. Y hasta podría considerarse aleccionador que dos figuras tan poco relacionadas con la ideología oficial recibieran allí homenaje. Mejor Diana de Gales y Teresa de Calcuta que Tania la Guerrillera. Por otra parte, en espacio tan privilegiado de la ciudad

antigua nunca podrían levantarse viviendas. El suelo allí, entre plazas y viejas iglesias, sólo puede existir para los memoriales.

Ninguna objeción tendría a todo lo anterior de no existir las otras piezas estrafalarias en las cuales me detendré. (Exceptúo de ellas, por supuesto, la apertura de un museo que historia el ron donde antes abriera sus puertas la Casa del Joven Creador.)

También en el jardín del convento de San Francisco de Asís se ha erigido una catedral ortodoxa griega. Se trata de un pequeño templo. Es, más bien, la maqueta para un templo más grande. La piedra de sus muros es rematadamente nueva, el oro del interior brilla en la poca penumbra conseguida dentro de la luz habanera. La catedral ofrece servicio religioso y permanece abierta a turistas y curiosos. En las horas muertas, salen himnos religiosos de unos altoparlantes. Y en un muro de la edificación colonial junto a la cual se alza ese pequeño templo, una tarja reza: «Esta catedral es un regalo del pueblo cubano para la Iglesia Ortodoxa Griega y el Patriarca Ecuménico Bartolomeo». Y puede verse sobre esa leyenda una imagen del encuentro de Fidel Castro (representando, una vez más, a todo el pueblo cubano) y el patriarca griego de visita en la Isla.

Hubo en La Habana, antes de 1959, un templo ortodoxo griego. Quien haya visitado alguna vez la sede de la compañía teatral Buendía, en Nuevo Vedado, habrá descifrado (si se lo permite la oscuridad reinante dentro de unos muros cubiertos de pintura negra) una tarja escrita en letras griegas. Y le habrán informado que, antes de convertirse en sala teatral, el lugar se mantuvo clausurado y vacío. Pero existió en La Habana alguna vez una colonia griega capaz de erigirse templo propio, y aquél fue su templo.

De esa colonia, ¿qué quedó al paso de los años? Cualquiera que haya sido su suerte, no habrá hecho falta que feligresía alguna clame por la erección de un nuevo templo griego en La Habana. Pues se trata, como la tarja indica, de manejos políticos de muy alto nivel. El mandatario cubano ha regalado esa catedral, no al pueblo griego, sino al mandatario de la iglesia griega. Es cortesía entre gente alta, y de poco vale cuánta fé venga a habitar luego entre aquellos muros. Lo importante (como acostumbramos a decir para disculpar los regalos menudos) es el gesto.

Alguna vez, en una de las mesas redondas que ocupan las tardes de televisión cubana, el Historiador de la Ciudad, Eusebio Leal Spengler recordó (creo que a propósito de un cumpleaños de Fidel Castro) el momento en que éste le entregara la llave de sus tesoros personales. Ponía así a disposición de un especialista capaz de valorarlos, la mayoría de los regalos que le hicieran dignatarios y presidentes a lo largo de los años. Fidel Castro entregaba a Eusebio Leal Spengler (quien alababa ante las cámaras la magnamidad del jefe de estado y de gobierno) los presentes recibidos en tantas visitas de Estado. Se trataba, seguramente, de una impresionante juguetería. De modo semejante, el Patriarca Ecuménico Bartolomeo, cabeza de la Iglesia Ortodoxa Griega, podría contar entre sus tesoros personales la iglesita habanera.

El regalo no podía menos que despertar envidias y recelos dentro de la Iglesia Ortodoxa Rusa. Y, debido a presiones diplomáticas de ésta, o debido a nuevos contratos económicos firmados con Rusia, se hizo imprescindible buscar emplazamiento para una catedral al gusto moscovita. El lugar apareció después de un derrumbe: se vino abajo el bar Los Marinos que era, junto al reconstruido Two Brothers, el único centro de francachela que por allí quedaba.

De este nuevo edificio poco puedo describir, porque solamente asistí a sus cimientos. Supongo que haya sido inaugurado ya, o esté por inaugurarse. He rastreado publicaciones habaneras sin haber hallado noticia al respecto. Aunque alcancé a ver una imagen de cómo quedaría una vez terminado, alcancé a ver la imagen colgada por sus constructores en la valla que ocultaba los trabajos, y puedo asegurar que la iglesia lleva o llevará torres rematadas en cebollas. Imaginemos, pues, una versión achaparrada de la Catedral de San Basilio. Alzado tal templo frente al Muelle de Luz, será también un regalo del pueblo de Cuba a un fé lejana y a un patriarca desconocido.

Esa catedral habría sido más oportuna en la época en la que una nutrida colonia rusa habitaba la ciudad, y no ahora, que pocos fieles podrán visitarla. Pero aquellos no eran rusos, sino hombres soviéticos, gente firme en su negativa de Dios, científicamente ateos. Y, lo mismo que en el caso de su homóloga griega, no hay que buscar bajo las torres en forma de cebollas la casa de deter-

minada alianza con determinado Dios. Su construcción no es más que el sello entre el gobierno cubano y el gobierno de Rusia. Un pacto post-comunista entre ambos Estados.

Jardines en honor de una princesa y de una religiosa, templos de lejanos credos: quizás esta hilera de presencias arquitectónicas que hoy me extrañan alcance algún día, transcurrido el plazo suficiente, la quietud de la costumbre. Serán entonces (si este entonces llega) presencias familiares. La memoria de Diana de Gales parecerá a mucha gente (sobre todo a aquellos que no guarden recuerdos anteriores del lugar) indiscernible de aquel rincón de La Habana. Y quizás la fuente que encontramos espantosa hoy se haya vuelto graciosa para entonces. La costumbre, como sabemos, es una pedagoga de abundantes recursos.

No obstante, aunque he prometido hablarles de La Habana del futuro, prefiero no adelantarme tanto, y quedarme en la estupefacción ante esas ocurrencias. Y en el presente cuesta comprender que el llamado «Plan Maestro de Revitalización Integral de La Habana», regido por la Oficina del Historiador de la Ciudad, se entretenga en tales fantasías mientras toda la ciudad decae a ojos vista.

Como en el caso de los jardines memoriales podrá objetarse que esas dos catedrales resultan un aporte indudable al imaginario de la ciudad, que tan particulares torres amplían la imaginación habanera y dan testimonio de las mutaciones de la historia cubana más reciente. Hacen, pues, más ecuménica a la capital cubana: en ella rezan muy diversos credos. Por otra parte, sería inconsecuente esperar a que todos los problemas habitacionales fueran cubiertos para disponerse a edificar la cuota de simbolismos que cualquier capital precisa. Sería descabellado exigir tal cosa: las catedrales no han esperado nunca a ver calmada el hambre. Aunque, más que de catedrales, se trata de embajadas. La catedral rusa y la catedral griega levantada en La Habana son edificios de embajadas.

No están allí para halagar lo consabido, pues el urbanismo se hace no sólo de recurrencias, sino también de asombros necesarios. Y es irrelevante entonces que nunca hubiese estado enclavada allí tal o más cual iglesia. La recuperación de la vieja ciudad constituye un acto creativo. No se ocupa únicamente de las más fieles devoluciones, no es arqueología solamente. La Habana

Vieja tiene, por fuerza, que entenderse como ciudad viva. Allí están sus pobladores, y es para ellos que se abren nuevos jardines y se abren nuevos templos.

Las anteriores razones serían compartibles de no existir, también cobijados bajo el llamado «Plan Maestro de Revitalización Integral de La Habana», disparates al tratar con lo histórico habanero. Y citaré un ejemplo también muy reciente: en la manzana que forman las calles Obispo, Obrapía, Mercaderes y San Ignacio, fue inaugurado hace aproximadamente un año el Colegio Mayor San Jerónimo, de cuyas aulas saldrán los restauradores, arqueólogos y diversos especialistas ocupados en la recuperación histórica habanera. Y en ese mismo lugar estuvo enclavada, hace varios siglos, la primera casa universitaria de la ciudad, y hasta hace poco residió allí el Ministerio de Educación. El edificio era (muchos de ustedes lo recordarán) un cubo de hormigón y cristal de los años cincuenta. Era un feo edificio moderno que vino a sustituir a una fábrica más venerable. Pero las décadas transcurridas desde su construcción, medio siglo, habían limado un tanto la agresividad de aquel ataque, y podría decirse que convivía mal que bien con los alrededores mucho más vetustos.

Enfrentados a la idea de abrir un colegio dentro de aquel cubo de hormigón, se hacía imprescindible elegir en el tiempo. Podía echarse abajo el macizo de los años cincuenta y emprender una réplica colonial de la universidad primera. O podría aceptarse de buen grado aquella intromisión moderna de mal gusto, considerándola avalada por medio siglo de estancia. Era, a juzgar de esta manera, ya legítima. Tenía la legitimidad de lo construido, como podrá decirse en el futuro de las hoy flamantes catedrales ortodoxas. Aquel edificio era también pasado, formaba parte del pasado de la ciudad.

Jaleados entre una y otra opción, quienes planearon el nuevo colegio decidieron no acogerse a ninguna de ellas. O podría decirse que a las dos. Ya que, sin demoler el edificio con que tropezaran, ordenaron agregarle una réplica del campanario de la universidad originaria. Preocupados por las sucesivas historias del emplazamiento, cualquier decisión tomada habría sido parcial y falsa. La arquitectura moderna negaba allí la colonial, y viceversa. Más salomónico (aunque más falso todavía) era buscar la inter-

sección de aquellas dos edades. Y, si resultaban demasiado discordantes los muros de hormigón, convenía escurrir el escándalo, cubrirlo con el entorno. De manera que la fachada de la mole fue forrada en espejos y así quedó poca cosa de ella, engullida por el reflejo de los edificios próximos.

A una de esas fachadas reflejantes le incrustaron una portada barroca, y en la esquina de O'Reilly y Mercaderes levantaron la torre que portaría la vieja campana universitaria. De este modo, una impostura perpetrada en los años cincuenta vino a ser sustituida, medio siglo después, por un simulacro. El campanario fue diseñado según grabados e imágenes antiguas, aunque también siguiendo el ejemplo del Campanile de San Marco en el hotel «Venetian» de Las Vegas. Las obras del Colegio Mayor San Jerónimo fueron concluidas para festejar el octogésimo cumpleaños de Fidel Castro. Y en las páginas del diario *Granma*, éste fue titulado «promotor de la transformación arquitectónica de este lugar».

Para alimentar todavía alguna esperanza respecto a ese preparado arquitectónico es preciso suponer que los mejores estudiantes del Colegio Mayor San Jerónimo encontrarán en la falsa torre y en el cajón de espejos que alberga su escuela excelentes ejemplos a evitar en el ejercicio de sus carreras. Para alimentar la indignación, no hay más que razonar lo que allí han hecho, destinado (como si se tratara de una burla) a albergar un centro para la recuperación histórica. Arquitectos y urbanistas, arqueólogos e historiadores han sabido predicar allí con el peor ejemplo. Y, si puede disculparse la erección de varios exotismos en la Avenida del Puerto (lo exótico pierde enseguida su extrañeza y consigue integrarse al tejido urbano), resulta más inexplicable aún el manejo de lo histórico a propósito de ese colegio.

El ejemplo dice mucho acerca de la filosofía con que se afronta hoy la restauración de La Habana Vieja. Ocupada en ejercicios fantasiosos cuando de lo nuevo se trata (nuevas catedrales y nuevos jardines), ejercita no menor fantasía a la hora de intervenir en lo historiado. Encuentra un edificio robusto construido medio siglo antes y, en nombre del desaparecido edificio primigenio, obtiene un precipitado que no responde a edad alguna. Consigue, a la misma vez, lo falso colonial y lo falso republicano. Apelando

a la verdad histórica, suma una torre falsa a una mole intrusiva hasta dar con un volumen capaz de competir en extrañeza con las torres rematadas en cebollas.

Imbuidos en la doctrina de un plan urbanístico meticulosamente calculado, el grupo de especialistas bajo el mando de Eusebio Leal Spengler parece decidido al disparate original y al disparate historizante. Y todo esto ocurre en una capital destruida, con bajísimos índices constructivos. Bajo una administración reacia a encarar los problemas materiales de la población que sólo se ocupa muy esporádicamente (no hay más que recordar el nacimiento, las muertes y las resurrecciones del sistema de microbrigadas) de la cuestión de la vivienda. Que lo ha hecho últimamente, como saben ustedes. Y, según cifras oficiales (y piensen en lo poco fiables de las cifras oficiales cubanas), en el pasado mes de septiembre el plan anual de construcción llevaba un 40 % de retraso.

Por esos mismos días, el vicepresidente Carlos Lage criticó el incumplimiento de lo planificado para el año anterior, y aludió a lo fraudulento de muchos índices consignados. (Y puede suponerse la falsía en que esos índices incurren cuando obliga a la queja pública de un alto dirigente.) En medio de un panorama así, no deja de ser notable la campaña de restauración de La Habana Vieja. No deja de resultar notable que tal campaña se dedique a levantar sus campanarios falsos. Pero no es sólo por el pasado que el proyecto de la Oficina del Historiador de la Ciudad está obligado a responder, sino que también le incumben futuro y presente. Caben en ese presente todos los moradores de La Habana Vieja, caben las nuevas catedrales y jardínes. Y respecto a tales moradores, la doctrina consiste en deshacerse del mayor número de ellos. Para ello son estrictamente cumplidas dos instrucciones dentro de los límites municipales de la ciudad vieja.

La primera instrucción cuantifica escrupulosamente el número de residentes que arriban, y vigila que un troque de casas no aporte a La Habana Vieja familia más numerosa que la familia que salga. De este modo, la frontera entre La Habana Vieja y Centro Habana equivale a la que corre entre República Dominicana y Haití. Por su parte, la segunda instrucción dispone que, en caso de existir interés en algún inmueble por parte de la Oficina del Historiador de la Ciudad, los moradores de tal inmueble deberán

aceptar la oferta de mudanza que va a brindársele. Serán enviados a un apartamento quizás en mejores condiciones que su antigua residencia, pero quedarán ubicados desfavorablemente, fuera de la ciudad en la mayoría de las ocasiones. Obligados muchas veces a vivir en Alamar.

Con la aplicación celosa de esta política demográfica se contribuye al paulatino vaciamiento del casco histórico. La ciudad museo dedicada al turismo internacional necesita estos trabajos de desertificación. Y Alamar, la más grande ciudad dormitorio habanera, acoge a nuevos soñadores con tal de que La Habana Vieja se mantenga despejada. Galerías y museos cobran en la ciudad antigua su inexistencia nocturna, la mayoría de los bares cierran a medianoche, y quedan así a solas (como en la aspiración pintoresca de cualquier ruina) la ciudad y la luna.

Este desierto que acabo de describir viene a ser desmentido por un número de obras sociales construidas en el municipio (algunos centros sanitarios, varias escuelas). Este desierto que me empeño en describir va siendo fabricado, tal vez, con vistas al futuro. Y un buen día sabremos que las actuales disposiciones del Historiador de la Ciudad obedecieron a un cálculo determinado: el de reservar La Habana Vieja para pobladores más pudientes de los que hoy la habitan. De entenderlo así, va consiguiéndose por anticipación lo que podría sobrevenir a esa zona de la ciudad con la vuelta del juego inmobiliario, excluido desde 1959. La ciudad antigua, sus hermosos edificios protegidos, podrían convertirse en lo futuro en una zona tan apetecible como el centro histórico de otras capitales del mundo.

Claro que cuesta creer que un gabinete inmerso en las circunstancias cubanas haya alcanzado en sus cálculos un horizonte tan lejano. Pero debemos convenir en que ese mismo gabinete ha sido capaz de ejecutar en las últimas décadas la única empresa constructiva que puede vanagloriarse de su trabajo en La Habana.

III

La restauración de La Habana Vieja es el único crecimiento constructivo de los últimos años en la capital. Constituye en su

mayoría recuperaciones de edificaciones ya existentes, apenas incluye construcciones nuevas, y por ello coloca sus índices en el rubro de mantenimiento, entre las labores que aseguran los fondos arquitectónicos. Y sería de esperar que, mientras tanto, se alzaran nuevos edificios, se urbanizaran terrenos y creciera La Habana.

Pero una visita a la Maqueta de La Habana desmiente estas esperanzas. La maqueta se encuentra dentro de una nave construida para ella en Miramar. «Pasado, presente y futuro», prometen los carteles publicitarios a la entrada, y pocas noticias del futuro dan adentro. Una rampa caracolea alrededor de la ciudad en miniatura, y en la rampa han dispuesto teodolitos a través de los cuales mirar La Habana desde arriba. Tenemos, como visitantes del lugar, una perspectiva privilegiada. Alcanzamos al último techo que se pierde en el horizonte, abarcamos todos los tiempos históricos de la ciudad.

La Habana, como se sabe, ha sido una capital de pocas sustituciones, caracterizada más por la adición de espacios nuevos que por la reedificación de los espacios ya existentes. Y, si bien ha cambiado de emplazamiento varias veces (los historiadores aseguran que la actual es su tercera localización), ha mudado bien poco las piezas que la forman. No puede hablarse como en otras capitales latinoamericanas de templos antiguos que soportan nuevos templos, o de viejos barrios arrasados (piénsese en Caracas o Bogotá o Lima) para dar lugar a nuevas construcciones. Antes que insistir en el mismo punto, La Habana se fuga, corre en todas direcciones a partir del norte fijo de la orilla del mar. Como si fuese derramándose tierra adentro. El afán de capitalizar ha dejado en los terrenos ocupados bultos arquitectónicos bastante definitivos, a los cuales difícilmente se vuelve, pues el principal interés corre hacia nuevos puntos, ambiciona horizontes nuevos.

Es así que La Habana puede ostentar, gracias a una breve historia que aún le permite avances horizontales significativos, una densidad histórica que otras capitales han perdido ya. Se da, pues, la paradoja de que sea a la vez una ciudad reciente y antiquísima. Reciente, por la disponibilidad de espacio por el cual podría derramarse sin solapar otros términos provinciales. Y antiquísima, dado el continuum arquitectónico que puede hallarse en ella,

donde muy poco vino a ser sustituido. Ya que, empeñados como han estado sus moradores en correr hacia urbanizaciones nuevas, no ha sido preciso reclamar el suelo sobre el que se asentaban los más viejos edificios.

Aunque ya en los años cincuenta se venía pensando en esta clase de reclamaciones. El Plan Sert, encargo del gobierno cubano a un bufete de arquitectos de Estados Unidos, se ocupaba por entonces de vérselas con la ciudad antigua: rediseñaba La Habana Vieja y algunas zonas de Centro Habana. Sólo unos pocos edificios coloniales se salvaban en este nuevo trazado. Entre el malecón y las calles de la ciudad los rascacielos formarían una cortina rompevientos. Y la bahía iba a contar con un islote artificial. Anchas autopistas cruzarían La Habana Vieja, y abundarían allí los parkings.

Que, de no haber triunfado la revolución de 1959, fuera o no a cumplirse este plan, es materia para una historia contrafactual, una historia donde la imaginación se pregunte qué habría sucedido en caso de que ciertos virajes o ciertas elecciones resultaran distintas. Podemos imaginar una Habana reformulada según las directivas del Plan Sert si somos capaces de imaginar una historia cubana del último medio siglo sin el régimen político instaurado en Cuba en 1959. Podemos, en otra hipótesis, contar con la oposición de los arquitectos cubanos al cumplimiento del Plan Sert. E incluso pudiéramos imaginar una Habana distinta a la de hoy si fuéramos capaces de imaginar que el triunfo revolucionario de 1959 proporcionaba al país un régimen distinto, volcado menos hacia la política exterior que hacia lo administrativo, un régimen más hacendoso y menos imperialista, compuesto menos de Cancillería que de Hacienda.

Estas y otras suposiciones contrafactuales podríamos arriesgar pero, pese a lo provechoso de estas imaginaciones (la libertad es imposible sin imaginación), aquí no tengo tiempo para detenerme en ellas, así que recorro con un teodolito la maqueta que reproduce la capital cubana.

Ahí está el pasado en abundancia. Gracias a que no llegara a cumplirse el Plan Sert u otra planificación semejante. Ahí está el pasado con cada una de sus piezas. Gracias a la parquedad urbanizadora del régimen revolucionario, y a que este régimen ha teni-

do a bien conformarse con los edificios administrativos construidos por el régimen anterior, y ha aceptado utilizar el centro simbólico de la Plaza Cívica hasta transformarlo en Plaza de la Revolución. (Piénsese, por el contrario, en la voladura en 1950 del Palacio Real de Berlín para construir en su lugar la Marx-Engels Platz y el Palacio de la República. O en las calles y viviendas desaparecidas con el fin de dejar espacio al paquidérmico palacio de Ceaucescu, en Bucarest.) Y si bien puede juzgarse como una desgracia la anemia constructiva del régimen cubano, también puede considerarse como una señal afortunada.

Pasado y presente se muestran al alcance del teodolito. No ha habido necesidad de maquetas sucesivas, no han sido necesarios cortes transversales en el tiempo. Escasas superposiciones ha padecido la ciudad, pocos han sido sus amontonamientos. Explayada y simultánea en todas sus edades, La Habana se abre, en pasado y presente, de una ojeada. Pero, ¿qué viene a decirnos esta misma maqueta, fabricada para el control y la planificación urbana, acerca del futuro?.

Quienes hayan pasado por un estudio de arquitectura saben que, por lo general, las maquetas de edificios son albinas. Blancas o crudas, ostentan el color de las potencialidades. Aún están por ser y una cáscara de huevo las envuelve. Quien haya visitado alguna otra maqueta de ciudad (en New York exhiben la más grande del mundo, y la habanera alardea de seguirla en tamaño) habrá percibido color en cada pieza: cada reproducción lleva el mismo color de fachada con que se levanta en la ciudad. La Maqueta de La Habana se ha decidido, en cambio, por una solución entre esos dos extremos: ni blanca del todo, ni del todo coloreada.

Y cabe esta interrogante para el caso en que se hubiera adoptado la segunda solución: ¿qué color prestarían los fabricantes de esas miniaturas a fachadas que llevan décadas y décadas sin recibir pintura? ¿El color del tiempo? La Maqueta de La Habana ha recurrido a los colores de la historia. Así, el marrón cubre todo lo construido durante la época colonial, el ocre marca lo republicano y el marfil corresponde a la nueva era revolucionaria.

Salta enseguida a la vista la arrogancia del ocre y la cortedad del marfil. El ocre conforma la ciudad en su mayor parte (80% según

algunos, 88 % según otros). Si entendiéramos a la ciudad como discurso, se trata de un parloteo abundante, de una conversación que fluye y fluye. El discurso urbanístico revolucionario se limita, por su parte, a un apunte por aquí y por allá y (en el caso de Alamar, Reparto Eléctrico y Mulgoba) de algunas adiciones marginales al discurso central.

¿Y el futuro?, volvemos a preguntarnos. Quienes dispusieron las piezas de esta maqueta reservaron el blanco para las construcciones por venir. Lo futuro comparte ese color con los monumentos y los cementerios, y dejo a ustedes la conclusión de tal equivalencia. Durante mi visita, hace un par de años, encontré en la Maqueta muy pocas piezas blancas. Algún hotel se adelantaba por la costa, hacia el oeste. El futuro parecía muy improbable, como si aquellas piezas pertenecieran a un jugador de *Monopoly* soñoliento.

El ocre de seis décadas republicanas avasallaba al escaso marfil del medio siglo y, de creer que el futuro pertenece al régimen revolucionario (y de creer que éste persista en su desgano constructivo) muy pocas esperanzas caben para lo que vendrá. «El futuro pertenece por entero al socialismo», puede leerse en las vallas de la propaganda oficial. Lo cual viene a traducirse urbanísticamente como «El futuro pertenece por entero a los derrumbes».

En la Maqueta de La Habana demoran en aceptar los derrumbes, tal como puede comprobarse en dos o tres ejemplos. La ciudad en miniatura evita cuanto puede enseñar su boca cariada. Y tampoco aparecen en ella las ruinas. Pero tampoco cuenta el único esfuerzo constructivo de la capital en las últimas décadas: la restauración del casco histórico. Lo cual viene a indicar claramente algo que muchas veces se pierde de vista: la impracticabilidad de esa receta más allá de los límites de la ciudad antigua. Pues no podría aspirarse a toda una capital arqueologizada, no podría aspirarse a una ciudad convertida en museo. A menos que se pretenda una cuarta fundación de La Habana y, del mismo modo en que ahora se vacía La Habana Vieja y se repuebla Alamar, quiera dejarse lo que hoy conocemos como Habana a disposición de visitantes y curiosos, refugiándose los habaneros no en una ciudad dormitorio, sino en una capital dormitorio. Así, La Habana

actual pasaría a ser una nueva Panamá La Vieja, una nueva Pompeya, la Pompeya enterrada por el volcán Revolución.

Tampoco creo posible la implantación en otros municipios habaneros del esquema de autogestión económica que lleva la Oficina del Historiador de la Ciudad en La Habana Vieja. En un reciente número de la revista *Temas*, el arquitecto Mario Coyula Cowley, miembro del Grupo para el Desarrollo Integral de la Capital, apunta como salida el otorgamiento de autonomía económica a los gobiernos locales, «ampliando las atribuciones de entidades corporativas estatales autofinanciadas, a la manera de la Oficina del Historiador de La Habana».

Tal solución supondría, de seguir la receta practicada en la zona colonial, la afluencia de turismo extranjero. Supondría la conversión de toda una capital en parque temático, y cabe preguntarse qué atracción turística podría aportar, por ejemplo, Luyanó. Una fórmula más o menos feliz (hablo de resultados económicos, no de secuelas) aplicada en la ciudad costera, sería de muy poca efectividad trasladada tierra adentro, a barrios de escaso valor patrimonial.

Cuando miramos a La Habana contamos, pues, con una ciudad paralizada, atendida en sus edificios más antiguos, desvalida en el resto. Podemos preguntarnos (no dejaremos de hacernos esta pregunta) por qué razón, o razones, la administración instaurada en Cuba desde hace medio siglo ha permitido o ha provocado tal estado de cosas. Tocante a este punto, las teorías podrán dividirse entre quienes entienden que la decadencia de las ciudades (pues hablo de La Habana como ejemplo máximo) ha sido un propósito consciente de tal administración, una meta alcanzada poco a poco por ella, y quienes sostienen que todo obedece a pura desidia, a simple despreocupación por los asuntos internos. Llegadas a estas consideraciones, puede acogerse uno a la teoría del resentimiento puritano contra la ciudad (Babilonia como La Gran Puta) o a la teoría de la indiferencia culpable. En mi libro *La fiesta vigilada* (así como en un documental realizado por Florian Borchmeyer donde aparezco) aventuro la perfecta correspondencia que existe entre una Habana destruida y el discurso oficial que siempre ha hecho hincapié en la espera de una invasión militar estadounidense y en su correlato más apacible, el embargo o blo-

queo económico estadounidense sobre Cuba. La ciudad en ruinas constituye, vista así, el mejor escenario para tales ejercicios inculpatorios. La Habana resulta ser el simulacro de una ciudad invadida, la maqueta (a escala natural) en la mesa campaña del Estado Mayor. La Habana puede entonces mostrar sus derrumbes y sus apuntalamientos del mismo modo en que una víctima enseña judicialmente las marcas de agresiones sufridas. Y, aunque nunca vaya a arribar la anunciada invasión, y aunque la administración cubana se muestre capaz de sortear las barreras para el intercambio comercial con Estados Unidos, conviene a esa administración el paisaje carcomido de la capital cubana. Pues tal paisaje justifica el discurso de resistencia exportado por el régimen revolucionario, justifica su oratoria de plaza sitiada.

Volvemos, pues, a la relación que alguna vez estableciera, en la Grecia del año 500 antes de nuestra era, el poeta Simónides de Ceos. Relación entre discurso y derrumbe, entre la oratoria (o poema) a memorizar y el edificio imaginario que albergaba esas piezas. Si en Simónides la derrumbada mansión de Scopas le valía para retornar al poema, el discurso oficial cubano se autolegitima permitiendo el derrumbe de La Habana. Como en una revisión macabra del episodio contado por Marco Tulio Cicerón, Simónides consigue en este caso, mediante su discurso, el desplome del techo de la casa de Scopas. Y esta es, en verdad, una interpretación posible del episodio griego. Porque puede conjeturarse que, de no haberse mencionado a los Dióscuros (y de no haberse despertado la vengativa tacañería de Scopas), la mansión derruida habría quedado en pie y los invitados habrían vuelto a sus domicilios con las primeras luces del amanecer.

IV

Lo mismo que Simónides de Ceos nosotros estaremos ante las ruinas. Ante las ruinas, dentro de ellas, se encuentran quienes viven en La Habana. Y, en vista del desastre, un buen día será preciso descartar qué ha de reconstruirse, qué deberá desaparecer para dejarle espacio a otro volumen, qué ciudad nueva tendrá que trazarse. A diferencia de toda su historia anterior, la capital cuba-

na tendrá que empeñarse en sustituciones. Podrá, como antes, adelantar sus límites, fugarse en nuevas urbanizaciones. Pero tendrá también, obligatoriamente, que ocuparse de las viejas calles, de los viejos edificios, de tratar con sus escombros. Vendrá a cumplirse entonces, por razones distintas, la etapa primera del Plan Sert o de cualquier plan arrasador por el estilo: habrá que despejar zonas, habrá que demoler. No por elección (como hubiera ocurrido en los años cincuenta, de cumplirse el Plan Sert) sino por fatalidad. Habrá que recurrir, por su método, por su planificación, a los artistas de la destrucción, título que alguna vez se adjudicó, para la creación de los boulevares de París, el barón Haussmann.

Un problema a resolver será recurrente: aquel que planteaba la inauguración del Colegio Mayor San Jerónimo. ¿Cómo tratar la superposición, cómo vérselas con las distintas presencias de un mismo espacio? En una de sus novelas, Joseph Conrad se quejaba del mundo que habitamos, un mundo en el cual un ser no puede estar a la misma vez en dos lugares y dos seres no pueden ocupar el mismo sitio. Para La Habana del futuro vendrán las sofocaciones de un mundo así, de sustituciones obligadas. Y será preciso entonces delimitar en qué consiste nuestro patrimonio. Tarea aún pendiente, a juzgar por el reduccionismo a lo colonial practicado por la Oficina del Historiador de la Ciudad. Tarea aún pendiente, si aceptamos que una catedral ortodoxa rusa recién construida podría constituir patrimonio a salvar, bien para lo venidero.

Y aquí aviso de un peligro a evitar, el de creer que se retomará la historia en el mismo punto donde se dejara, el peligro de entender al período revolucionario como una pausa vacía. Por suspuesto que el poco marfil visible en la Maqueta de La Habana abonaría tal creencia. No obstante, los ejemplos postcomunistas de Berlín Oriental y de Moscú deberán prestarnos cautelas. Pues en ambas capitales se ha arrasado patrimonio arquitectónico bajo pretextos ideológicos, como en necesidad de borrar recordatorios, de alejar sospechas.

El Palacio de la República, construido a mediados de los setenta donde antes estuviera emplazado el Palacio Real de Berlín, comenzó a ser demolido a inicios del año pasado. Para su construcción, el régimen comunista había barrido con un palacio

monárquico que dominaba el centro de Berlín desde el siglo XV. Construyó en su lugar una plaza (Marx-Engels Platz) y ese palacio multifuncional que incluía la Cámara de Representantes del Pueblo y el mayor centro cultural del país. Fue allí, en ese edificio, que los miembros del Parlamento de Alemania Oriental votaron por unirse a la otra Alemania. Y las administraciones berlinesas del postcomunismo optaron, a su vez, por derribarlo. En contra de esa decisión no valieron las peticiones alemanas e internacionales, ni siquiera las recomendaciones de notables arquitectos y urbanistas. Símbolo de un régimen injusto, como no tardó en sostenerse en la discusión pública, tendría que desaparecer del mismo modo que el régimen al que glorificara.

Por su parte, lo ocurrido en Moscú alcanza grados de barbarie. Ejemplos valiosos del constructivismo ruso se han perdido en los últimos años, y ha sido necesaria la creación de una sociedad –The Moscow Architecture Preservation Society- encargada de denunciar tales pérdidas. Según informes de esa sociedad, desde 1992 se han demolido en Moscú más de 400 edificios históricos que van desde el siglo XVI hasta la arquitectura ejecutada en la época de Stalin. Y en esa nómina caben la vivienda de madera más antigua de Moscú, y clásicos de la arquitectura estalinista como el hotel Moksva y el hotel Rossiya. (Igual que en el caso del palacio comunista berlinés, este último hotel fue construido donde se levantara una zona medieval que databa de los tiempos de Iván el Terrible.)

En opinión de The Moscow Architecture Preservation Society los males principales que afectan en Rusia al patrimonio son la desidia institucional en la aplicación de las leyes de protección existentes, la especulación urbanística (que hace más barato derribar y construir de nuevo que restaurar, y favorece el fachadismo o vaciamiento de edificios históricos manteniendo únicamente la antigua fachada), la falta de mantenimiento de la arquitectura histórica y, por último, la falta de criterio en las restauraciones realizadas. Males que, en su mayoría, suponen oscuras relaciones entre el poder político y las empresas constructoras. Males a tener en cuenta para el futuro de Cuba.

Pero, al fin y al cabo, no es a propósito de construcciones achacables al régimen cubano actual que deberán tenerse esas cautelas.

La Habana de la época revolucionaria está relacionada (al menos hasta ahora) con muy pocos edificios simbólicos y, aún de proponerse escarmentarla, la piqueta pública daría contra contados muros. Pero si la ciudad recorrible con un teodolito brinda muy poco marfil donde fijar la vista, existe, construida durante este último medio siglo, una extensa capital sumergida, no apreciable en la superficie. Y no hablo de las galerías subterráneas practicadas por aquí y por allá como refugios antiaéreos. Ni tampoco de las perforaciones del subsuelo que estudiaban la posibilidad de construir el Metro de La Habana.

Lo mismo que se habla de una economía sumergida por la cual circulan bienes rapiñados a las empresas estatales, de una economía dibujada por canales secretos donde aparece lo que otro modo no podría conseguirse, puede hablarse también de una ciudad secreta, sumergida, a la que han ido a parar las más impensables conversaciones, las cartas que no llegaron o no salieron hacia su destino, las observaciones más nimios sobre el comportamiento humano. Me refiero a la ciudad que (país, podría decirse sin temor a exagerar) compuesto por kilómetros y kilómetros de archivos secretos. Me refiero a los fondos con que ha trabajado y trabaja el Ministerio del Interior (el único ministerio existente en Cuba, tal como se afirma), me refiero a la extensísima biblioteca que podría fundarse con la unión de todos los libros de registros de los Comité de Defensa de la Revolución.

Porque si es cierto que el régimen revolucionario cubano se ha desentendido suficientemente de la capital que tomara, si han sido, en la superficie, poquísimas sus obras, esto podría deberse (aunque valdría la pena apuntar algunas otras causas) a su desvelada labor en esta clase de edificación subterránea. Si ha mostrado despreocupación por acueducto y alcantarillado y redes eléctricas y telefónicas y de gas, valiéndose en su mayoría de las facilidades heredadas, no podría decirse lo mismo acerca de las obras de canalización para la escucha secreta, de sus trabajos de infiltración, de la creación de un universo telefónico paralelo. Corrijo, por tanto, lo que antes dijera: se trata de un régimen político desvelado por lo internacional y desentendido de la gobernación en lo aparente, porque en el fondo está obsesionado por el control de sus súbditos, obsesionado por conseguir que sean sus propios súbditos los

que se vigilen entre sí hasta alcanzar, por esta vía, un grado mayor de destrucción de la ciudad: la destrucción de la civilidad. Se trata, en suma, de un régimen político que fomenta la desconfianza en la estabilidad de los muros y alienta la desconfianza ante cualquier vecino. Porque pueden caernos encima tanto el techo como el prójimo.

En una página de sus memorias, cuenta Heberto Padilla cómo José Lezama Lima se vio obligado a recibir en la sala de su casa a un policía vestido de civil decidido a interrogarlo. Éste acusó a Lezama Lima de hablar mal del gobierno revolucionario y, cuando Lezama Lima negó tal acusación, se vió abocado a una grabación donde pudo escucharse a sí mismo pronunciando la frase de marras. Traigo a cuento este episodio para indicar que existe (si no se han perdido) grabaciones inéditas, secretas, de José Lezama Lima.

De igual modo, cabe la posibilidad de que un archivo habanero atesore grabaciones de otras grandes figuras, así como de individuos menos importantes, aunque igualmente espiados. Ha de existir también, de obedecer a la policía secreta cubana a sus maestros soviéticos y alemanes, una inmensa biblioteca de informes, de conversaciones fielmente transcriptas, de fotocopias de correspondencia, de papeles y objetos ocupados, de minuciosos balances personales. Recuérdese que no fue de otro archivo que del de la Seguridad del Estado de donde salieron los libros póstumos de Virgilio Piñera, manuscritos ocupados a la muerte del autor y enviados luego, al paso de los años, a las editoriales estatales que los publicarían.

Podemos preguntarnos cuánta información tomará, más tarde o más temprano, el camino de esos originales de Virgilio Piñera. En el Berlín postcomunista (y más recientemente en Polonia) decidieron abrir los fondos de la policía secreta. Después de la caída de Ceaucescu, Rumania ha sido gobernada sucesivamente por oficiales de la Securitate, empeñados en que nada de lo espiado fluya. Por su parte, la administración post-soviética de los archivos secretos de Moscú se ha debatido entre la apertura y el cierre. Para el caso cubano cabe, incluso, otra posibilidad: la absoluta destrucción. Podría ocurrir que el mismo personal atareado en la construcción de La Habana secreta cumpla órdenes

de hacer desaparecer toda huella de la ciudad perversa que fundaran.

La conservación de esas calles de documentos constituiría, a no dudarlo, un bien preciado. Recuperaríamos, por citar un ejemplo dentro de ese océano de pruebas, la voz de José Lezama Lima hablando de mil asuntos, sin saber que lo grababan. Recuperaríamos también las primeras versiones terminadas de *Otra vez el mar* de Reinaldo Arenas (hablo de las versiones que le fueron ocupadas). Y, más impersonalmente, ese archivo de voces y de gestos constituiría una documentación preciosa a la hora de historiar la vida cotidiana en Cuba en la segunda mitad del siglo XX y en los primeros años del siglo XXI.

Pero no dudarán ustedes de que se trata, asimismo, de un tesoro maldito, de un regalo envenenado. Porque prestará pruebas abundantes y contundentes de que, entre las costumbres de la vida cubana de esas décadas, estuvo el espionaje y la denuncia, la chivatería y las peores complicidades y servidumbres, el desprecio mayor por la libertad.

Así entendido, no importa cuántas de estas pruebas sobrevivan: la existencia de ese país secreto, de esa capital subterránea de la soplonería, va a acompañarnos (nos acompaña ya) en los próximos tiempos, sea tangible o intangible. El futuro de La Habana tendrá que atender, pues, no sólo a la ruinosidad de los edificios, sino también a lo ruin humano.

Durante casi cincuenta años La Habana se ha mantenido paralizada, y a esa parálisis, al derrumbamiento traído por ella, habremos de dar cara. Será necesario determinar lo removible, salvaguardar lo que deba conservarse, y decidir nuevos planteamientos para la ciudad. Y es tal la magnitud del desastre, que podrá hablarse de una cuarta fundación de la ciudad. Digo esto sin la soberbia arrasadora de las revoluciones. Y no es descabellado aventurar que La Habana del futuro será muy distinta a la de hoy, restringida durante décadas.

De idéntica manera, será preciso atenerse a lo ocurrido entre sus moradores. Tal como imagino una opinión pública cubana volcada sobre el tema de la ciudad quisiera imaginar una discusión madura, concertada, en torno a la cuestión de los archivos. Que se recurra a las virtudes del olvido o a la laceración del recordar, es

de inútil pronóstico ahora. Distingo estas dos tareas principales cuando pienso en La Habana del futuro: la reconstrucción de la ciudad y la reconstrucción de la convivencia ciudadana. Estaremos, a esa hora, como Simónides de Ceos al salir del banquete. Estaremos ante la ciudad. Es decir, ante los muros derruidos. Nos tocará afrontar las huellas del desastre. Trabajar entre los escombros, identificar piezas ©